

cado. Y Pérez Aguilar, al recibir el obsequio con que se le brindaba finamente, fijó en la bella María una mirada indagadora con el fuego propio de su edad. Al sentirse María bajo la influencia de aquella mirada ardiente y profunda, emociones para ella extrañas y desconocidas, sentimientos que jamás había experimentado, alzaronse en el fondo de su inocente corazón como encendidas llamas, cuyo reflejo dejóse ver en sus mejillas que se colorearon con las tintas de la aurora. Bajó María la vista, y confusa y turbada, ni halló palabras qué decir ni postura qué tomar.

—María, díjole Juan, me alegro de saber que eres vecina del bosque delicioso del descanso: tal paraje cuadra perfectamente á su moradora. A nuestro regreso de Campeche, que será pronto, tendremos el placer de visitarte y corresponder á tu afectuosa solicitud. Y alargando la mano, estrechó tan fuerte y expresivamente la pequeña de María, que crecieron la emoción y el embarazo de la pobre joven, que no se daba cuenta de aquella demostración de afecto inusitada. Ella, sin embargo, sin saber lo que hacía, sin darse razón de su proceder y dejándose guiar únicamente de un secreto impulso de irresistible simpatía, de cariñoso instinto, correspondió á la presión con otra presión igual, ner-

viosa y elocuente. ¿Puede el cuerpo lanzado al espacio, dejar de caer sobre la tierra, solicitado por una invencible atracción? ¿Por qué el polen se levanta en alas del céfiro y va á fecundar el seno de la flor? ¿Fuerzas misteriosas esparcidas en la Naturaleza, vosotras unís en íntima y secreta lazada á unos seres con otros seres, vosotras sois la cadena invisible, el lazo del amor, la fuerza incontrastable que confunde en un todo armónico las diferentes partes que componen el mundo natural y visible! Y así como en la Naturaleza corpórea existen esas atracciones, esas fuerzas invencibles que unen á unos seres con otros, así también existen en el mundo moral corrientes misteriosas que unen á las almas en eterno, en indisoluble consorcio! Esas corrientes se llaman el AMOR.

¿Pero el amor, diréis, puede nacer así de una manera súbita, al calor de una sola frase, bajo la influencia de una sola mirada? ¿Podrá llamarse amor á esa emoción indefinida, á ese sentimiento vago é inexplicable aún, que se levanta en el corazón de dos personas que se ven por la vez primera? Y yo os diré que si no es un amor profundo, tal como suelen formar el trato íntimo y frecuente, si son las primeras manifestaciones, los primeros brotes, los primeros estremecimientos del amor.

Si, Juan y María comenzaron á amarse desde aquel momento feliz en que se cruzaron los rayos ardientes de sus miradas, comenzaron á amarse y ellos no lo sabían, ni podían explicarse la causa misteriosa de su turbación y sobresalto.

Despidiéronse, al fin, ambos grupos de viajeros, continuando cada uno la ruta que seguían.

VI

Holgaríamos de poder explicar y definir á nuestros benévolos lectores, las emociones, inquietudes y desasiegos que desde aquel instante se apoderaron de los corazones de Juan y de María; pero ¿dónde está el lenguaje humano que dar pueda una idea exacta y precisa de ese estado indefinible del ánimo de quien comienza á sentir las misteriosas inquietudes del amor? ¿Quién puede explicar esas alegrías sin causa aparente, esas tristezas sin motivo, esas emociones á veces dulces y halagüeñas, á veces amargas y dolorosas, esos ímpetus de alborozo y de entusiasmo, nacidos al calor de esperanzas vagas y lisonjeras, y esos momentos, en fin, de angustia, que sumergen al alma en mar infinito de dudas y temores? ¿Quién podría

contar las vagas aspiraciones, los deseos ardientes, los anhelos infinitos de un corazón herido por vez primera por la aguda flecha del amor? Estado es ese del ánimo que no se puede definir: hay que sentir esas emociones, hay que escuchar esas voces misteriosas que nos hablan al oído un idioma hasta entonces ignorado, hay que oír el rumor de los latidos del corazón, hay en fin, que sentir el cerebro inflamado por ideas enteramente nuevas y ardorosas, por pensamientos deslumbradores, como ráfagas de vivida luz, para llegar á comprender la naturaleza de ese dulcísimo sentimiento que se llama amor, sentimiento que, partiendo del mismo Dios, como de su inmenso foco, se derrama en oleadas gigantescas, abrazando y confundiendo en ellas mismas á cuantos seres pueblan los espacios infinitos. Vana sería, pues, de nuestra parte, la pretensión de examinar el estado de ánimo de Juan y de María: nuestros lectores podrán imaginárselo, guiados por su exquisita sensibilidad, y tener de él una idea más exacta de la que pudieran sugerirles nuestras deficientes explicaciones. Nos limitaremos, pues, á decir que la imagen hechicera de María no se apartaba ya un solo instante de la imaginación de Juan, quien mudo y absorto, seguía su camino hacia Campeche sin darse cuenta de lo que pasaba en torno

suyo, y que María no cesaba de recordar aquella mirada profunda, bajo cuya extraña influencia sentía aún agitarse dulcemente su corazón. Ni Juan ni María podían explicarse, sin embargo, la naturaleza de sus impresiones. Juan no había amado nunca. María era amada de un hombre de su clase; pero su corazón había permanecido enteramente virgen á las impresiones del amor.

Pero ¿quién era María? María era la mujer más hermosa y elegante de aquellos tiempos entre las mujeres de su raza: alta y esbelta, lucía la morbidez de su turgente seno y la suave ondulación de los contornos de su cuerpo; su rostro, de un óvalo perfecto, de color algo menos claro que el de Juan, lucía la redondez de sus mejillas sonrosadas, la admirable proporción de su nariz fina y recta y la graciosa pequeñez de su boca, entre cuyos labios, ligeramente entreabiertos, se adivinaba más que se veía, la blanca hilera de sus dientes diminutos; pero lo que más realzaba la hermosura de aquel rostro interesante eran los ojos, de color pardo, cosa no muy común entre las mujeres de la raza indígena, ojos que eran grandes, rasgados, llenos de expresión, sombreados por largas pestañas y por las dos curvas irreprochables de sus pobladas cejas. La abundante cabellera de María, negra y

lustrosa como el ala del cuervo, que contrastaba agradablemente con el color de sus ojos, en vez de estar sujeta en forma de moño junto á la nuca, como es costumbre inveterada entre las mujeres de su clase, bajaba en dos largas trenzas, hasta cerca de las corvas (1).

En la época en que presentamos á María á nuestros amables lectores, contaba solamente de quince á diez y seis años. Fueron los padres de María dos indios de la clase noble: D. Isidro Dzúl, que fué cacique de Xkalunkín, y la hija del cacique Zimá, de Poeboc, cuyo nombre de pila no ha guardado la tradición. Cuando María contaba apenas doce años, falleció su padre, dejándola de patrimonio una casa construída con piedras labradas, restos de edificios antiguos mayas, casa que existe aún en la plaza de Xkalunkín, aunque convertida en ruinas; algunos "mecates" de sementeras ó milpas de maíz; maíz entrojado en considerable cantidad; cuarenta cabezas de ganado vacuno y una pira de cendos, de manera que todo esto, unido á las cantidades que adeudaban ca-

(6) Trafan cabellos muy largos y hacían y hacen muy galán tocado, partidos en dos partes y entrenzábanselo para otro modo de tocado. "Relación de las cosas de Yucatán por Fr. Diego de Landa."

torce sirvientes y algunas prendas de plata y oro, constituía una fortuna superior á la de los demás habitantes de su pueblo natal.

A la muerte del padre de María, encargóse de ella y de la administración de su pequeña fortuna, su tío paterno, D. Pedro Nolasco Dzul, hombre rudo y de poca instrucción, pero de intachable honradez, dotado de gran tino y tal prudencia en los negocios, que era el constante consejero de sus coterráneos. La fortuna de María estaba, pues, bien administrada, y la niña había recibido una educación muy superior á la de otras mujeres de su raza, pues había aprendido, á leer, escribir y contar con mediana perfección. A estos conocimientos, juntábanse en María los de la religión cristiana, en la que estaba perfectamente instruída, así como en las labores propias de su sexo, en las que demostraba sus grandes habilidades, y además, tañía la guitarra y cantaba con primor.

Tal era María.

VII

Séanos permitida una corta digresión:

Don Antonio de Herrera, en su "Historia general de Indias," y el inolvidable y célebre misionero y Obispo Don Fray

Diego de Landa, en su "Relación de las cosas de Yucatan," precioso manuscrito hallado en Madrid por el ilustre Brasseur de Bourbourg, dicen que rota la unidad del Imperio Maya con la destrucción de Mayapan, quedó el reino dividido en varios señoríos independientes los unos de los otros; pero ninguno de estos escritores nos dice cuáles y cuántos eran tales señoríos, limitándose á nombrar los tres reinos principales de Izamal, Zotuta y Mani, en los que reinaban los Cheles, Cocomes y Tutul-Xiues. En cuanto á los reinos ó señoríos que existían al tiempo de la venida de los españoles, conocíamos dos documentos de los que se dedujo que eran siete los reinos principales en que se hallaba dividida la Península: las instrucciones del Adelantado Montejo á su hijo el "Códice Chumayel," libro autógrafa hallado por nuestro ilustre Obispo Sr. Carrillo y Ancona, á quien tanto deben la historia y la arqueología yucatecas; pero ninguno de estos documentos habla con la debida claridad y precisión acerca de este punto que vino á aclarar con luz meridiana el más moderno y exacto de nuestros historiadores yucatecos, D. Juan F. Molina Solís, en su magnífica "Historia del descubrimiento y conquista de Yucatan."

"Al poner sus plantas en Yucatan los

españoles, dice, encontraron el país dividido en diecinueve pequeños estados ó cacicazgos, que ellos denominaron provincias. Estos cacicazgos eran: 1, Ekab; 2, Chauac-ha ó Chikinchel; 3, Tazes; 4, Cupul; 5, Cochuah ó Kokoñá; 6, Chetemal; 7, Akinchel; 8, Ceh-Pech; 9, Chakán; 10, Zipatán; 11, Acanul; 12, Kinpech ó Campech; 13, Chakanputún, Potonchán ó Champotón; 14, Tichel; 15, Acalán; 16, Maní; 17, Hocabahumún; 18, Zotuta; 19, Cuzmil."

Los pueblos de Poeboc y Xkalunkin y la sabana del descanso, ó sea Helelchakán, pertenecían á la provincia de Acanul.

Hacia el año de 1531, cuando los españoles residieron por primera vez en Campeche, hicieron amistad con el reyezuelo de la provincia de Acanul; el cacique de Xkalunkin, que era entonces uno de los ascendientes de María, adicto al reyezuelo, siguió la política de éste aficionándose á los españoles; mas el cacique de Poeboc, de fiera condición, jamás transigió de grado con los conquistadores. Esto dió ocasión á que entre ambos caciques naciera tal enemistad, que no pocas veces ocurrieron á la fuerza de las armas para resolver sus diferencias. Uno de tantos combates tuvo por motivo la aproximación del joven Capitán D. Francisco de Montejo, primo del de igual nombre que consumó

la conquista del país. Don Francisco de Montejo intentaba abrirse paso desde Campeche hasta T-Hó, ó sea, la moderna Mérida, para lo cual tenía que atravesar la provincia de Acanul. Como el cacique amigo había muerto hacía ya algún tiempo, Montejo halló en la provincia de Acanul la misma resistencia que en Potonchán y en todo el resto del país habían hallado los conquistadores: los caciques de Calkini, Poeboc, Pomuch y de otras provincias, juntaron sus fuerzas para oponerse al paso de los españoles y como Dzúl, el cacique de Xkalunkin, se mostrara frio y reniso. Esta división intestina impidió que se presentara á los españoles en Poeboc una gran batalla, para la que los indios hubian estado haciendo grandes preparativos; des- los combates diarios que se libraban (1) en aquel empeño, atacóle el de Poeboc para obligarle á concurrir con sus vasallos á de la salida de Campeche de Montejo; pero el cacique Zimá, de Poeboc, ardiendo en ira por no haber podido dar la batalla, aproximóse seguido de todos los suyos al campamento español, y á favor de las sombras de la noche, lo incendió, huyendo des-

(1) Los caciques principales que se opusieron al paso de los españoles se llamaban Naa-Poot, Canché Canul y Nachán-Canché Canul.

pués á guarecerse en los bosques. Las llamas se levantaron amenazadoras en varios puntos del campamento, y los españoles no tardaron en ver reducidos á cenizas sus tiendas, sus equipajes y sus víveres. Los conquistadores no se arrojaron, sin embargo, y armiándose violentamente, salieron al campo en busca de sus amigos. Al día siguiente llegaron á Helechakán, rendidos de hambre y de sed, de cansancio y de fatiga: fué entonces cuando el abuelo de nuestro Juan Pérez de Aguilar, visitó por primera vez el bosque delicioso del descanso, grabando en dos columnas las iniciales de su nombre. En Helechakán recibieron los españoles algunos auxilios de víveres que les remitió el cacique de Xkalunkín, y repuestos ya de sus fatigas, continuaron su camino hacia la provincia de Chakán, á la que pertenecía la ciudad importante y monumental de T'Hó, término suspirado de su viaje. En el bosque del descanso se estrecharon las manos por primera vez el cacique Dzúl, ascendiente de María, y el soldado español Alfonso Pérez, abuelo de Juan. ¡Quién hubiera podido decir á esos dos hombres de distinta raza, que los corazones de sus nietos se habían de unir con los dulces lazos del amor! (1)

(1) Todos estos hechos son históricos, con

La enemistad de los dos caciques de Pocboc y Xkalunkín se transmitió á sus descendientes, durando hasta algunos años después de consumada la conquista del país; mas durante el gobierno del padre de María en Xkalunkín y el de su abuelo materno Zimá, en Pocboc, un Padre Franciscano, que administraba aquellas poblaciones, tomó vivísimo empeño en terminar aquella enemistad y consiguiólo, al fin, enlazando á ambas familias por medio del casamiento de Isidoro Dzúl con la hija de Zimá, la madre de María. Refiere la tradición que todos estos hechos fueron consignados en su libro de memorias por el Padre Franciscano, verdadero pacificador de aquellos pueblos, y que aunque el manuscrito fué descubierto después de algunos años, hallábase tan ilegible, que no pudo averiguarse ni aun el nombre de su autor. ¡Cuántos manuscritos, cuántos monumentos de nuestra historia habrán desaparecido como estos apuntes del Padre Franciscano!

VIII
 A la muerte del padre de María, el Gobernador y Capitán General de la Península, en una de sus visitas á las provincias de Yucatán, hizo una excepción de la causa del incendio del campamento español que, según parece, fué casual.

La sucesión de caciques de Xkalunkin se transmitió a sus hijos y nietos. El cacique de Xkalunkin, llamado Caamal, que no era natural de dicho pueblo sino del de Potonichán; empleo que obtuvo en recompensa de los buenos servicios que había prestado á los españoles.

A pesar de que Caamal era de carácter amigable y complaciente, y procuraba sujetarse en sus decisiones á los principios de la equidad y la justicia, su nombramiento no fué acogido con beneplácito por los habitantes de Xkalunkin, quienes habituados, como estaban, á ser gobernados por la familia Dzul, cuyos individuos fueron todos naturales del pueblo, mostráronse disgustados por tener que sujetarse á la obediencia de un foráneo. La casualidad vino á aumentar el disgusto de los vecinos de Xkalunkin y su animadversión contra el nuevo cacique, pues durante los tres años que hacía que gobernaba al pueblo, las lluvias escasearon de tal manera, que las cosechas fueron de muy poco rendimiento y el agua para los usos diarios de la población escaseó igualmente, porque el único pozo que existía, no daba la suficiente para las necesidades de sus habitantes. Las familias tenían, con tal motivo, que ir en busca de agua á sitios lejanos á Xkalunkin, lo que les causaba grandes molestias y trabajos. Los intereses de María eran

los más perjudicados, pues ella era la que tenía mayor número de animales de cría; por este motivo, tomó su tío Pedro Dzul la determinación de trasladar el ganado de su pupila y el suyo propio á las inmediaciones de Helelchakán, concibiendo después el pensamiento de radicarse en este punto, de una manera estable y definitiva, con toda su familia y sus sirvienets. Y como los vecinos de Xkalunkin, supersticiosos como buenos mayas, atribuyeran la falta de lluvias y demás calamidades de aquellos tiempos á su nuevo gobernante, fueron poco á poco abandonando su pueblo y radicándose en las inmediaciones de Helelchakán, hasta quedar convertido más tarde Xkalunkin en lo que es hoy: campo solitario en donde sólo se miran la torre del antiguo templo y algunas casas en completa ruina.

Algunos días después del encuentro casual de Juan y de María en el camino de Campeche, empezó á poblarse con las familias de Xkalunkin la sabana y el bosque de Helelchakán: mayor número de barracas que otros años levantábanse aquí y allá sin orden ni concierto; veíanse por todas partes gentes que iban y venían conduciendo maderas, piedras, sacos de maíz y trastos de todas clases necesarios para las faenas domésticas; los hombres se ocupaban en la construcción de nuevas

casas, y las mujeres y los niños en el arreglo interior de las habitaciones, notándose, en fin, por todas partes tal vida y movimiento, que era fácil comprender que se estaba fundando una nueva población.

Las casas, en efecto, estaban mejor construidas que las barracas endebles y provisionales que los años anteriores se habían levantado á la ligera, durante los días de la fiesta de San Román; el número de familias reunidas en Helelchakán era mucho mayor que otras veces, y los cercos y albarracladas que rodeaban las habitaciones, indicaban el propósito que las familias tenían de trasladar ahí sus ganados y aves de cría. La sabana del descanso comenzaba á contarse en el número de los pueblos situados en la carretera de Mérida á Campeche, y pronto su nombre de Helelchakán había de convertirse en el actual de Hechelchakán.

En medio de aquel pueblo reunido sobresalía la figura atlética de Pedro Dzul: grave, enérgico y acertado en sus disposiciones, severo en los castigos que imponía y atento á remediar las necesidades y vencer los obstáculos y contratiempos que se presentaban, era obedecido sin réplica, como á jefe natural de aquellas gentes, á pesar de que no estaba revestido de carácter oficial alguno. El propósito de radicarse definitivamente en Helelchakán y de

elegir para jefe de la población á D. Pedro Dzul, el anciano respetable que contaba con las simpatías de todos, era el único tema de las conversaciones en los corrillos que se formaban después de los trabajos. Luego que estuvieron casi terminadas las instalaciones, é informado Pedro Dzul de que se le quería para jefe ó cacique de la nueva población, convocó á su pueblo á una asamblea que debía verificarse por la noche en el hermoso bosque, que ya conocemos, al pie de una ceiba frondosa, árbol sagrado de los antiguos mayas. Cuando las sombras de la noche se extendieron por la sabana, ocultando á las miradas los montículos de la sierra, comenzaron á verse por todas partes grupos numerosos de indígenas que, provistos de teas en enfiladas para alumbrar su camino, se dirigían hacia el bosque, reuniéndose, al fin, bajo las ramas frondosas de la ceiba. Aquella reunión tenía un aspecto que no dejaba de ser fantástico: multitud de hombres, mujeres y niños, casi desnudos, se hallaban, unos de pie, otros sentados en los troncos de los árboles caídos ó en las piedras del bosque, y los más en cuclillas; posición favorita de los mayas; la luz de las teas, que extendiéndose hasta cierta distancia, proyectaba las sombras prolongadas de los árboles y de los hombres, y el sonido lúgubre y monótono de los atabales, formaban

un conjunto extraño y verdaderamente fantástico, capaz de infundir pavor á quien se encontrara inopinadamente con aquel cuadro de la vida semisalvaje.

Elevóse, al fin, junto al tronco robusto de la ceiba, la figura majestuosa de Pedro Dzul; cesó el ruido de los atabales y el murmullo de las conversaciones, reinando por todas partes el más profundo silencio.

—“Compatriotas, dijo Pedro Dzul, Dios y la Santa Cruz (1) que gobiernan todas las cosas, parece que han dispuesto que la mayor parte de las familias de Xkalunkin abandonen sus hogares para radicarse en Helechakán; así, al menos, lo demuestra la escasez prolongada de las lluvias, que ha causado la pérdida de las cosechas, la carencia consiguiente de las aguas que ya no se depositan en las “sartenejas,” y que tan necesarias son para nuestros animales y para nosotros mismos; la carestía de los granos, las enfermedades, y sobre todo, la voluntad que manifestáis unánimemente de radicaros aquí, en donde hemos levantado ya nuestras casas y aposentado á nuestras familias. Debemos acatar y obedecer la voluntad de Dios. Algunos de vosotros me habéis manifestado hoy vuestro deseo de

(1) Es muy antigua la devoción de los aborígenes á la Santa Cruz, á la que creen revestida de poder propio.

que sea yo quien os gobierne y dirija en nuestra nueva población, que sea yo vuestro cacique; sabéis muy bien que en la actualidad este empleo es de nombramiento de Su Excelencia el señor Gobernador y Capitán General de la Península, á quien daré cuenta de vuestro deseo, y en el caso de que sea agraciado con dicho nombramiento, aceptaré gustoso, siempre que os sujetéis á las siguientes condiciones: la población se trazará de la manera que yo lo disponga; os obligaréis á prestar toda clase de auxilios á cuantas personas deseen radicarse entre nosotros, ya sean de nuestra raza ó ya españoles, tratando á éstos con respeto y consideración; que á los primeros se les concedan dos años libres de toda contribución y tequio vecinal y aun algunos auxilios personales para la construcción de sus viviendas; que no haya entre vosotros riñas, odios ni escándalos de ninguna clase, porque de lo contrario, me veré precisado á castigarlos con energía, y por último, que inmediatamente que se termine la construcción de todas las casas, contribuyáis todos con vuestros recursos y trabajo personal á la construcción del templo en que hemos de adorar, como cristianos que somos, á Dios y á la Santa Cruz.” Cuando el anciano Dzul terminó de hablar, levantáronse todos los circunstantes y manifestaron á una voz su

conformidad con las condiciones que se les imponía, juraron obediencia y respeto al que ya reconocían por cacique de hecho, y de uno en uno, se aproximaron á besarle la mano en señal de vasallaje, disolviéndose en seguida la reunión y tomando cada uno el camino de su casa.

IX

Terminaba ya la fiesta de San Román. La sabana del descanso comenzaba á llenarse de nuevo de viajeros que, en vez del sitio agreste y solitario de costumbre, hallaban en su lugar una nueva población, y en consecuencia, casas en que albergarse, lechos en que descansar y alimentos sanos, abundantes y baratos. Diariamente llegaban á Hellechakán hombres, mujeres y niños de todas clases y condiciones que regresaban á sus hogares cargados de escapularios y reliquias del Santo Cristo de Amor y conduciendo sus baúles henchidos de telas de algodón y de seda, zapatos, sombreros, prendería de oro y de plata y otros muchos efectos de que se habían provisto durante los días de la fiesta. Arribaban también, de vez en cuando, á la sabana, numerosas partidas de mulas cargadas de maíz, arroz, pescado salado, canastas de mangos, piñas y "marañones" y otras

mercancias; mulas que eran guiadas por un capataz ó jefe para cada partida y un arriero para cada cinco mulas. Muchas literas, algunos carruajes y numerosos caballos, más ó menos lujosamente equipados, deteníanse diariamente en la plazuela de la nueva población, descendiendo de ellos en busca de descanso y refrigerio, ora bellísimas damas y apuestos y garridos mozos, ora ancianos respetables, militares, sacerdotes, niños y alguno que otro fraile franciscano que, con la cuerda atada á la cintura y el breviario en la mano, hacia su camino á pie ó en mansa mula, incapaz ésta por su propia voluntad, de dar en tierra con el cuerpo, ordinariamente voluminoso, de su paternidad seráfica. Eran de verse y oírse el tráfico y el bullicio que animaban de una manera extraordinaria la sabana pintoresca del descanso: los arrieros, sucios y polvorientos, cargaban ó descargaban sus mulas, á las que dirigían, durante estas operaciones, ora algunos enérgicos y nada limpios epítetos é interjecciones, ora algunas palabras cariñosas, acompañadas de suaves palmaditas en el cuello ó en los lomos; los aurigas y conductores de carros y demás vehículos enganchaban sus mulas ó rocines, sosteniendo con éstos breves y enérgicas pláticas no menos sazonadas de picantes frases que las de los arrieros; á las puertas de las

casas, bajo los árboles del bosque, ó cerca de la ancha boca del cenote, reuníanse los viajeros en numerosos grupos en que se comía con apetito, se bebía más de lo regular y conveniente, y sobre todo, se hablaba, se reía y se cantaba con desusado alborozo, viéndose, por último, á los antiguos vecinos de Xkalunkin, ir y venir por todas partes conduciendo jicaras de agua, de leche y de "pozole" y frutas y viandas de todas clases. Todo era animación y contento: sólo una mujer, joven y hermosa, aunque ocupada como las demás en prodigar á los viajeros sus cuidados y atenciones, parecía ajena á la común alegría. Triste y pensativa, obraba casi maquinalmente sin darse, muchas veces, cuenta de lo que pasaba á su alrededor. Dos círculos ligeramente morados rodeaban sus ojos, tristes y melancólicos, haciéndolos aparecer más grandes y más bellos que de ordinario. La palidez desusada de sus mejillas daba á su rostro más interés, mayor encanto que nunca. Esta mujer era María. Desde su encuentro casual con Juan en la carretera de Campeche, la salud de María se había desmejorado notablemente: largas horas de insomnio, días y noches llenos de extrañas inquietudes, de imotivadas zozobras, de vagos anhelos y quiméricas visiones, habían despojado á sus mejillas de su juvenil color y

habían apagado la brillante luz de su mirada. Impelida por la fuerza misteriosa de una esperanza tan vaga como sus propios pensamientos, solía emprender todas las mañanas, al tiempo de levantarse el sol sobre el horizonte, un largo paseo por el bosque ó por la sabana, acompañándola ordinariamente la que fué su nodriza y era entonces su inseparable y cariñosa compañera, su segunda madre. Esta mujer se llamaba Paula y había sido, más que sirvienta, amiga íntima de Juana, la madre de María. Todos estos paseos terminaban en los sitios más cercanos á la carretera de Campeche, y aun á veces en la misma carretera, en donde Paula y María, deteníanse mucho tiempo, distraídas en ver á los viajeros que, como en interminable procesión, regresaban de la fiesta de San Román; pero era María la que muy especialmente se fijaba en todos los viajeros, escudriñándolos con mirada anhelante é indagadora. Cuando el sol ostentaba su disco esplendoroso en un punto del cielo, ya lejano de los montículos de la sierra, y hacíanse sus rayos más ardientes y calurosos, emprendían las dos mujeres su vuelta á Hecelchakán. María caminaba entonces con la frente inclinada, con las lágrimas en los ojos, más triste y más abatida que nunca. Paula iba á su lado grave, silen-